

A VECES, EL PASADO REGRESA

por

Antonio Escamilla Cid

“No me despertéis de mis sueños, que no hay nada más vivo que un recuerdo; solo ellos me hacen volar.”

Nada nos pertenece, excepto los recuerdos. Ellos viven en nuestra memoria, algunos son personales e intransferibles, y todos nos persiguen a lo largo de nuestra vida, hilvanados en la entretela del alma. Ellos son verdades que se encierran en el corazón como un tesoro escondido; mantienen el sabor y la imagen de tiempos atrás; nos acompañan, enseñan y ayudan a entender quiénes y cómo somos; nos ayudan a conocernos más y mejor y siempre dejan huella en nuestras vidas. Sin ellos, los hombres y los pueblos moriríamos.

El pasado no pasa nunca, el pasado está siempre. Pocas cosas son tan elevadas para la vida como un buen recuerdo, especialmente el que se guarda desde la niñez. Ellos siempre están unidos a nuestras vidas, nunca se van, están presentes en lo que amamos, en lo que sabemos y en lo que de ellos aprendemos; les gustan esconderse en el pasado y en nuestros sueños. Ellos siempre están y van dentro de nosotros mismos. Los llevamos con nosotros a todas partes que vamos; somos ellos, y los llevamos dentro de nuestro corazón. Lo más bello de la vida está dentro de ellos.

¿A qué huele el pasado de Montalbo? Montalbo es como una “magdalena proustiana” que nos provoca un olor, una imagen, un sentimiento que nos evoca reminiscencias, nos transporta a un recuerdo lejano y nos sumerge en el recuerdo nítido de la infancia. Con el tiempo llegamos a

abandonar nuestra niñez y nuestros antiguos juguetes, pero nunca el olor, la música, la imagen y los sentimientos de esos bellos recuerdos que nos llenan del dulce perfume que nos ayuda a luchar contra el olvido.

Dostoyevski nos recuerda que *“No hay nada más elevado y saludable para la vida futura que un buen recuerdo, especialmente el que se guarda desde la niñez”*. “Paisajes de la niñez” que diría Machado, cuyos lejanos horizontes, oscurecidos por la brumadora sombra del tiempo, se iluminan y son evocados poco a poco bajo las caricias del pasado de nuestra infancia.

Siempre es un placer regocijarse en los buenos recuerdos. Si pudiéramos volver a nuestro pasado, volveríamos a nuestra niñez, al Montalbo que siempre llevamos dentro, a ese Montalbo de nuestras raíces y nuestros sueños. Pero de lo que fue solo quedan recuerdos, recuerdos de lugares, recuerdos de encuentro. Los recuerdos también se esconden, se pierden y, a veces, los perdemos porque no queremos buscarlos; ellos se retiran a dormir y soñar y están llenos de preguntas, respuestas y silencios.

Los corazones sienten, hablan, lloran, sueñan, esperan, ríen y loran; a veces hacia adentro, otras hacia fuera.

Yo nunca me he desprendido de mi infancia, y eso se paga caro. La inocencia es un lujo que uno no se puede permitir y del que te quieren despertar a bofetadas

Montalbo: en ti hemos depositado una parte de nuestro corazón. Montalbo: no nos pierdas, que nosotros perderte no queremos. Somos un trozo de tu tierra blanca, donde están los cuerpos que más hemos llorado, los seres que más

nos quisieron. Tu vida, mora en el recuerdo, la memoria y el corazón de tus hijos.

Los de mi quinta, los del 55, ya hemos recorrido la mayor parte del viaje y ya vamos llegando al final. Ya vamos metiendo en nuestras maletas cosas que nos llevaremos cuando nos vayamos. Por mi parte, yo me llevaré un manojito de esparto, un puñado de salitre, una lámina de espejillo y una rama con flor de paraíso. Me llevaré silencios, susurros y palabras. Me llevaré un pedazo de mi pueblo. Me llevaré recuerdos que guardan secretos. Me llevaré realidades y fantasías, latidos, suspiros que suspiran, distancias y regresos, adioses y añoranzas. Y es que ya sabemos que no hay nada más vivo que un recuerdo y que existen almas que guardan viejos rumores de nostalgias y sueños. ¡No me despertéis de mis sueños y recuerdos!, que quien olvida queda muerto sin que nadie lo sepa. Por ello: ***“Tú, MONTALBO, ¡siempre irás conmigo en mis recuerdos, en mis sueños y en mi vida”.***

“Al final, solo nos llevamos recuerdos, aquellos recuerdos que solo los conoce el viento”.

Antonio Escamilla Cid